

El anticapitalismo de la intelectualidad nacionalista argentina

Por Ricardo López Göttig

DOCUMENTOS

Los autores nacionalistas argentinos influyeron decisivamente en los círculos que consideraron más proclives a su propuesta autoritaria, particularmente en el Ejército y en el seno de la Iglesia Católica, así como en los estudiantes universitarios. Perón y su movimiento no fueron innovadores en cuanto a ideas, sino que popularizaron y difundieron masivamente las ideas nacionalistas en la Argentina, y de esa fuente surgieron las consignas de la tercera posición, la justicia social y la independencia económica.

Ricardo López Göttig es egresado de la carrera de Historia en la Universidad de Belgrano y Doctor en Historia egresado de la Universidad Karlova de Praga, República Checa. Investigador Senior y profesor titular de Teoría Social en la Maestría en Economía y Ciencias Políticas de ESEADE. Investigador Asociado de CADAL. Este texto fue originalmente publicado en la revista *Laissez-Faire*, No. 22-23 (Marzo-Sept 2005), pp. 54-62, que edita la Universidad Francisco Marroquín (Guatemala).



Los historiadores que se han abocado al estudio del pasado del nacionalismo argentino suelen prestar escasa atención a la visión que esta corriente ha tenido sobre la economía, concentrándose mayormente en sus aspiraciones a implantar un sistema de gobierno autocrático y jerárquico, ya sea de predominio militar o clerical. Por su lado, los teóricos marxistas, a partir del decenio de los veinte y con el aval del *Komintern*, presentaron al fascismo como el estadio final del gobierno burgués capitalista, en el que los grupos reaccionarios manipulaban a las masas para asegurar mayor rentabilidad al capital¹. Muy por el contrario, los intelectuales nacionalistas de principios del siglo XX abrazaron a la idea de la supremacía del estado en la economía como una de sus principales banderas, no sólo para impedir una supuesta “dependencia” del capital extranjero, sino también para eliminar la corrupción, el materialismo y el afán de lucro y lujo que caracterizarían al capitalismo y la democracia liberal. Para ello, los nacionalistas propusieron la injerencia activa del estado en la economía² a fin de: 1. limitar la riqueza, 2. que los capitalistas se sometieran a los proyectos diseñados por los gobernantes y 3. que el estado tuviera plena disposición de los recursos en caso de guerra. El estado corporativo debía prestar atención preferente a la “justicia social”, puesto que el capitalismo –considerado como antesala del comunismo ateo– exacerbaba la lucha de clases, atentando contra la armonía social que se perdió con la revolución industrial. En esta línea de pensamiento se inscribieron autores como Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren y el sacerdote Julio Meinvielle, por ejemplo, simpatizantes del modelo corporativista.

Manuel Gálvez

El primero de ellos, un influyente novelista que fue nominado en los años treinta para el premio Nobel de literatura, ya en su novela *El diario de Gabriel Quiroga*, publicada en 1910, inicia su prédica nacionalista en contra del espíritu liberal y cosmopolita que se sentía en la ciudad de Buenos Aires, y al que caracterizaba como corrupto, vulgar y materialista:

“Y bien: ¿qué revela Buenos Aires? Ante todo, la presencia de un materialismo repugnante. La veneración fetichista hacia el dinero que reemplaza al culto de los valores morales e intelectuales y una total ausencia de poesía trasluce su vida tumultuosa”³.

“Buenos Aires, usando de una imagen antropomórfica, es una hermosa prostituta que está aprendiendo a embellecerse y que, bajo el esplendor de su carne cosmopolita y el mimetismo de su lujo complicado y estrepitoso, deja percibir a cada instante los modos burdos de su condición”⁴.

Gálvez, a través de su personaje ficticio, ensalzaba al idioma castellano y al catolicismo romano como “los fundamentos

esenciales en que reside la nacionalidad”, por lo que toda diferencia resultaba un elemento extraño que desnacionalizaba a los argentinos⁵. En las provincias del Interior residirían las fuerzas de reacción contra estos peligros:

“El alma nacional, refugiada en las provincias, se defiende desesperadamente contra el cosmopolitismo de Buenos Aires. Luego, las provincias, con su amor a las tradiciones, su culto a la patria, su odio al extranjero, su sentimiento de nacionalidad, su espíritu americano, encarnan en el provincialismo, o sea en el localismo provinciano, la mejor expresión posible, actualmente, de la resistencia a la desnacionalización. Quiere decir, pues, que debemos fomentar el provincialismo. De ello tal vez resulte este bien inapreciable: la salvación de la nacionalidad”⁶.

Para lograr la “grandeza espiritual” y combatir la “desnacionalización”, Gálvez no trepidó en sugerir el uso de la violencia interna, expulsando a los pastores protestantes a pesar de la libertad de cultos consagrada en la constitución⁷, así como en la política exterior, propiciando la guerra contra Brasil⁸ y el fomento del imperialismo argentino⁹. Ricardo Rojas, un autor contemporáneo suyo, también señaló a la presencia de inmigrantes y capitalistas extranjeros como un factor de “disolución” de la sociedad argentina, por lo que aconsejaba con urgencia imprimir un carácter nacionalista a la enseñanza de la historia y las humanidades¹⁰. A diferencia de los nacionalistas pseudo aristócratas que se inspiraron en las lecturas de Charles Maurras, -como Julio y Rodolfo Irazusta, Juan Carulla y Ernesto Palacio- que a partir de 1927 publicaron el semanario *La Nueva República*, Gálvez apoyó la política de “justicia distributiva” del presidente radical Hipólito Yrigoyen, publicando en 1939 una biografía del mismo. Lo consideraba como “el padre de los pobres” y apoyó su política “obrerista”:

“En el mundo obrero hay esperanzas de liberación. Los obreros criollos son radicales, han votado por Yrigoyen. (...) Lo saben de gran corazón, amigo de los pobres, hombre que tiene el sentido de la justicia. (...) Saben que Hipólito Yrigoyen no pondrá el poder del Estado al servicio del capitalismo”¹¹.

Para Gálvez, Yrigoyen marcó una ruptura con la postura del llamado “Régimen” de los gobiernos conservadores, adoptando una clara postura en contra del capitalismo británico y a favor del obrero argentino:

“Entre nosotros, las empresas son extranjeras, y sus directorios, que deben responder a las exigencias de los capitalistas ingleses, carecen de simpatía hacia el trabajador argentino. ¿A

quién reclamar? Antes de Irigoyen, las empresas no escuchaban ningún pedido de mejoras, y los gobiernos, formados por profesionales al servicio del capital extranjero, apoyaban a las empresas. No les quedaba a esos obreros desesperados otro recurso que la huelga. Y si las empresas, durante la presidencia radical, ceden, es porque Yrigoyen deja caer sobre ellas su mano dura”¹².

En la particular visión de Manuel Gálvez, la misión providencial de Hipólito Yrigoyen es la de un socialismo cristiano, con valores espirituales de los que carece el marxismo:

“Yrigoyen ama al pueblo. En su obra social entran por mucho las razones sentimentales. La desigualdad entre los hombres lo hace sufrir a este krausista y cristiano. Pero detesta al socialismo. Le repugna su sentido materialista de la vida, su enemistad para con lo espiritual. La ternura de Yrigoyen no puede simpatizar con la sequedad científica de la doctrina de Marx. Su patriotismo la considera extranjero, ajena a las modalidades de nuestro pueblo. Hay en Yrigoyen un socialismo sentimental, patriótico, cristiano y paternal”¹³.

Carlos Ibarguren

Sin embargo, esta expansión del estado sobre la sociedad civil no comenzó durante la primera presidencia de Yrigoyen, sino ya durante los gobiernos conservadores que le antecedieron. Carlos Ibarguren, por ejemplo, fue funcionario de las últimas administraciones conservadoras previas a la aplicación de la Ley Sáenz Peña de voto obligatorio y secreto. Como ministro de Justicia del presidente Roque Sáenz Peña, propició en 1914 un sistema obligatorio y estatal de seguridad social, desplazando a las asociaciones voluntarias de socorros mutuos que se habían organizado sin necesidad de un marco jurídico¹⁴. En tanto dirigente del nuevo Partido Demócrata Progresista, una amplia coalición conservadora nacida para detener a la ascendente Unión Cívica Radical, Ibarguren redactó el programa de gobierno, en el que destacaba los siguientes puntos:

“Contra el individualismo egoísta que ha dominado y domina en nuestro medio y que tantas fallas determina, sobre todo en lo que respecta a la economía social, sostenemos la mutualidad ayudada por el Estado para la previsión y la asistencia de los proletarios y la cooperación para la producción, el fomento, la distribución y el consumo de la riqueza”
 (...) “Señalé la necesidad premiosa de aumentar nuestra potencia productora y de independizarnos económicamente del

extranjero. A este respecto la política que recomendamos adoptar es la del fomento intensivo de nuestras industrias, de la explotación, elaboración y aprovechamiento de los productos de nuestro país, para sustituir en lo posible a los extranjeros. “A fin de lograr – dije- nuestra independencia económica es indispensable crear una marina mercante nacional y, además, organizar un comercio de exportación amparado y fiscalizado por el Estado”. Para realizar esta transformación, que nos dará la independencia de nuestra economía, propuse estas soluciones: “Organizar la más conveniente defensa y explotación de nuestro petróleo, implantar un sistema bancario de fomento a nuestra producción que difunda el crédito destinado al trabajo y un régimen que controle y regule los cambios y la circulación monetaria”¹⁵.

Era, pues, un claro abandono de los principios liberales que inspiraban a la Constitución histórica de 1853/60. Seis años más tarde, como candidato a la presidencia de la República por el PDP, Ibarguren levanta nuevamente la bandera de la “justicia social”¹⁶. Durante el gobierno de facto surgido del golpe de estado de 1930, fue interventor en la provincia de Córdoba y esbozó el plan de reformas constitucionales del presidente provisional José Félix Uriburu –su primo-, a fin de establecer un régimen corporativo en reemplazo del gobierno representativo.

“La sociedad ha evolucionado profundamente del individualismo democrático que se inspira en el sufragio universal, a la estructuración colectiva que responde a intereses generales más complejos y organizados en forma coherente dentro de los cuadros sociales”¹⁷.

A la par que se erigía como ideólogo de la implantación del régimen corporativo, en su labor como interventor en Córdoba desplegaba un papel como regulador de la actividad económica, creando una Junta Ejecutiva Económica en el ámbito provincial, para establecer los precios de arrendamientos, alquileres, fletes, y fijando los precios del pan, la leche, la carne y el azúcar¹⁸. Ibarguren señaló al capitalismo como un enemigo a derrotar:

“Desde el punto de vista económico los intereses capitalistas, que en gran punto son internacionales, se oponen casi siempre en el Estado liberal al interés nacional y triunfan sobre éste. (...) Desde el punto de vista social, esos intereses políticos y las poderosas empresas del capitalismo cosmopolita predominan en el Estado y agravan la lucha de clases, la que resulta fomentada al calor del sistema demoliberal”¹⁹.

En 1934 Ibaguren publica un libro exaltando al fascismo como solución ante la supuestamente agonizante democracia liberal individualista. La primacía estaba en el grupo y, por ende, el individuo debía someterse a los altos intereses políticos del estado. Tanto el marxismo como el fascismo son las alternativas para matar definitivamente al capitalismo individualista:

“Una formidable lucha ha comenzado entre las dos grandes corrientes, que son las que ahora ocupan principalmente la escena política mundial: el comunismo internacional y materialista y el fascismo, o corporativismo nacionalista y espiritualista. Estas dos poderosas corrientes combaten encarnizadamente a la democracia liberal para ultimarla. Tal es la evidencia innegable de la realidad actual”²⁰.

La diferencia radical entre el comunismo soviético y el fascismo italiano, era el supuesto contenido espiritual y religioso que animaba al segundo, así como la existencia de un margen muy limitado para la iniciativa privada, siempre que esta se acomodara a los objetivos trazados por el estado. En lo demás, ambos suprimen las libertades fundamentales del hombre:

“Ambas procuran un cambio fundamental en las instituciones; ambas transforman al Estado en el que implantan un poder fuerte, ambas son antiindividualistas; en las dos los intereses sociales priman y gobiernan sobre los particulares”²¹.

El capital y el trabajo colaboraban para mantener la disciplina y la producción, asegurando la paridad de patrones y obreros a través de su representación funcional en las corporaciones profesionales legalmente reconocidas²². El estado intervenía en la economía si faltaba la iniciativa privada, si esta era insuficiente o bien si “median los altos intereses políticos del Estado”²³.

La supremacía de la nación, encarnada en el estado, debía imponerse a los individuos y fijarles la meta hacia donde debían dirigir todas sus acciones:

“El Estado fascista es un organismo distinto de los ciudadanos que lo forman, tiene su vida y objetivos superiores a los que deben subordinarse los individuos. El Estado fascista realiza la organización jurídica de la sociedad con su máximo de potencia y de cohesión. No es prescindente como el Estado liberal, sino que tiene en todos los dominios de la vida colectiva una función propia y una misión que cumplir. El Estado debe estar sobre todas las fuerzas, ordenarlas, encuadrarlas y dirigir las hacia los fines superiores de la vida nacional”²⁴. “(...) en el concepto nacionalista aquel [el individuo] está siempre dentro del Estado, es

un átomo del gran organismo homogéneo y solidario que debe ser la Nación y en ningún caso puede ser elemento antagónico contra ella”²⁵

Ibaguren no fue un personaje solitario dentro del gobierno provisional del general Uriburu con su discurso nacionalista, estatista y anticapitalista. Otro de los mentores del golpe de estado de 1930, el escritor Leopoldo Lugones, ya en 1923 presentó un programa de acción que contenía un capítulo dedicado a la economía nacional:

“Presupuesto basado en el impuesto sobre la renta, un sobrecargo especial para los inquilinatos y latifundios. Impuesto progresivo a los depósitos bancarios, que constituyen meras acumulaciones de dinero. Iniciación de las medidas conducentes a la conversión en oro. Reglamentación de la industria bancaria. Monopolio de las hipotecas del Estado. (Debe redimirse cuanto antes toda tierra argentina hipotecada a sociedades extranjeras). Organización del crédito industrial. Estímulo intensivo a la minería y a la metalurgia, con el propósito de que el país sea dueño cuanto antes de su combustible mineral (hulla, rafaélita, petróleo) y de sus metales de industria (principalmente hierro, cobre, estaño y plomo)”²⁶.

Gálvez, promotor de la dictadura fascista.

También en 1934, Manuel Gálvez escribió en una serie de artículos en un matutino de Buenos Aires, luego reunidos en su libro *Este pueblo necesita...*, lo que consideraba como el programa nacionalista que debía unir a quienes deseaban abolir al orden constitucional liberal definitivamente. En mayor medida que Ibaguren, detesta a la autonomía de las empresas y propugna una política para combatir al capital.

“El Estado debe ser el único rico – verdaderamente rico- que exista en el país. Hay que terminar con los latifundios, imponer grandes impuestos a las herencias, reglamentar las excesivas ganancias del capital nacional y extranjero”²⁷.

“El gobierno puede dictar leyes o decretos que fomenten la austeridad o disminuyan los hábitos sensuales. ¿No son magníficos esos campamentos de jóvenes que se han creado en Alemania, en los que se practica la más rigurosa vida austera?”²⁸.

Manuel Gálvez señala la íntima coincidencia que el nacionalismo –o el fascismo italiano, al que admiraba y sugería emular- tiene con el socialismo en su programa económico:

“Si en política puedo considerarme reaccionario –porque voy contra el régimen demoliberal y las gastadas mentiras que son el sufragio universal y el parlamentarismo-, en materia social no ocurre lo propio. El programa mínimo del Partido Socialista es, en la parte económico-social, tímido al lado de lo que afirman esas palabras. Para que el Estado pueda ser el único rico, es necesario concluir con las grandes fortunas”.²⁹

“El fascismo, tal como se practica en Italia, es sólo una doctrina de derecha en cuanto se opone a la democracia y al socialismo; pero en lo social y en lo económico es una doctrina de izquierda, en cuanto realiza una obra a favor del pueblo y conduce al socialismo de estado. El fascismo es derecha cuando respeta la religión y establece la jerarquía, pero es izquierda cuando disminuye el poder del capitalismo”³⁰.

La diferencia esencial entre el socialismo (Moscú) y el fascismo (Roma) se hallaba –en coincidencia con Carlos Ibarguren- en la religión, en el llamado a la vida espiritual que supuestamente caracterizaría al segundo modelo.

“(…) hay que hacer socialismo, pero dentro de un marco de orden, respetando a la familia, a la religión, a las tradiciones históricas, sociales y culturales. Hay que hacer socialismo, pero sin pretender deificar al hombre, sino, al contrario, colocarlo en la jerarquía del universo”³¹.

Ante la desaparición inevitable de las libertades que vaticinaba Gálvez, el individuo quedaba sometido a la maquinaria del estado:

“Hay que vivir menos para nosotros mismos y más para la vida colectiva del país. Cada hombre debe actuar, pero sin perder su personalidad, como una pieza en la inmensa máquina del Estado. Igualmente cumple el émbolo que el pequeño tornillo. Que sea jefe el que tenga aptitudes para mandar y para realizar. Los demás cumpliremos nuestras funciones alegremente, como soldados de un regimiento en marcha”.³²

Sólo un líder providencial que no procediera de las familias tradicionales del patriciado argentino –que en 1945 Gálvez halló en Juan Domingo Perón³³- podría resistir a la corrupción del dinero para realizar la gran obra de la justicia social:

“Si se quiere hacer obra de justicia social –y debe quererse, no hay para qué decirlo- es necesario poner la solución en manos de un hombre que proceda sin contemplaciones, que sea capaz de resistir a la presión de los ricos, que no tenga intereses de ninguna clase”³⁴.

Julio Meinvielle

El sacerdote Julio Meinvielle, un influyente propagador del nacionalismo y activo docente en los Cursos de Cultura Católica en los años treinta, también señaló al capitalismo y a la democracia como los dos males de la sociedad moderna. El capitalismo, nacido del pecado de la avaricia, era intrínsecamente satánico³⁵. La edad media había logrado un milagro de equilibrio único en la historia de la humanidad, la armonía social en la que cada hombre ocupaba un rol en el ordenamiento jerárquico, cada uno cumpliendo en paz y fraternidad su función³⁶. Este orden había sido quebrado por la reforma “antitradicional” de Lutero:

“(…) llamo mundo moderno al engendrado por la acción antitradicional de la Reforma Protestante, perpetuado en el liberalismo del siglo XIX y dispuesto ahora a sepultarse en la anarquía bolchevista”³⁷.

La misión del empresario, según Meinvielle, debe ser la de dar trabajo a los más necesitados, y luego el de obtener una ganancia que le permita subsistir³⁸. Para ello, proponía que el estado interviniera como distribuidor de las riquezas:

“En la misma doctrina se funda el derecho que compete al Estado de limitar y regular la propiedad privada de suerte que alcance en efecto su destinación común. Porque, si la propiedad privada es para asegurar el uso común de los bienes exteriores, el Estado, que tiene por misión promover el bien común, debe regularlo para tal fin”³⁹.

El gobernante no debe dudar en expropiar a quien no cumpla con estas disposiciones a favor del “bien común”:

“Las medidas gubernativas no consistirán en privar de sus propiedades y riquezas a los que hacen estos beneficios excesivos, sino en obligarlos a que hagan extensivos estos beneficios al mayor número de familias necesitadas, ya proporcionando trabajo, ya entregando al Estado estos beneficios para que él los distribuya entre las familias necesitadas de la colectividad. Si los detentores de estas riquezas productivas se niegan por egoísmo o carencia de sentido social a someterse a esta regulación, no titubee el gobierno en castigarlos como violadores del orden social; y ningún castigo más eficaz que el privarles de sus riquezas”⁴⁰.

Haciéndose eco de las numerosas teorías conspirativas en boga en aquellos años, incluyendo a los probadamente falsos *Protocolos de los sabios de Sión*⁴¹, Meinvielle afirmaba que la economía estaba al servicio de los financistas internacionales, por lo que propugnaba un gobierno fuerte:

“(…) digamos que la imposición de un orden en el problema de la propiedad y en la producción de la tierra requiere un gobierno fuerte, libre de

compromisos políticos y de prejuicios liberales, que independice al país del círculo de hierro en que le tienen amordazado los financistas y especuladores internacionales”⁴².

El modelo más próximo a seguir era, al igual que para Ibarguren y Gálvez, el régimen fascista de Benito Mussolini, rechazando al nazismo por su carácter pagano:

“De hecho hay que reconocer que el fascismo, tanto en su fin como en sus medios es, por ahora, el único movimiento de realización concreta que restaura los principios tradicionales de economía política.

Su misma violencia de medios se justifica cuando se abren los ojos a la realidad del momento, que es un momento de violencia. En este sentido, la realidad está por encima de las teorías y los deseos. Si la violencia no impone el orden, la violencia impondrá el desorden”⁴³.

Conclusiones

Los autores nacionalistas argentinos influyeron decisivamente

en los círculos que consideraron más proclives a su propuesta autoritaria, particularmente en el Ejército y en el seno de la Iglesia Católica, así como en los estudiantes universitarios. Esta prédica –que durante algunos años fue acompañada por las marchas de grupos paramilitares que emulaban a las legiones fascistas de Europa– tuvo sus frutos en el golpe de estado de 1943, que impuso una dictadura militar de inspiración nacionalista católica en la que tuvo destacada actuación el coronel Juan Domingo Perón, su principal usufructuario. Los tres autores mencionados en este artículo contribuyeron a fertilizar el humus cultural en el que luego brotaron el autoritarismo peronista, el estatismo anticapitalista y la supremacía del líder providencial que vulneró los principios liberales y republicanos que recogía la Constitución de 1853/60, luego sustituida por la “justicialista” de 1949⁴⁴. Perón y su movimiento no fueron innovadores en cuanto a ideas, sino que popularizaron y difundieron masivamente las ideas nacionalistas en la Argentina, y de esa fuente surgieron las consignas de la tercera posición, la justicia social y la independencia económica.

Notas:

¹ KERSHAW, Ian, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; p. 48. PAYNE, Stanley G., *El fascismo*. Madrid, Alianza, 2001; p. 190.

² PAYNE, Op. Cit., señala con referencia a los grupos de cuño fascista: “Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en los que se eliminara la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca”. P. 16.

³ GÁLVEZ, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga*. Buenos Aires, Taurus, 2001. PP. 92-93.

⁴ Ídem, p. 93.

⁵ Ídem, p. 95.

⁶ Ídem, p. 141.

⁷ Ídem, p. 96. Hace un hincapié particular en el Ejército de Salvación.

⁸ Ídem, p. 101.

⁹ Ídem, p. 104.

¹⁰ ROJAS, Ricardo, *La restauración nacionalista*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1971. PP. 83-84.

¹¹ GÁLVEZ, Manuel, *Vida de Hipólito Yrigoyen. El hombre del misterio*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999; p. 376.

¹² Ídem, p. 378.

¹³ Ídem, pp. 384-385.

¹⁴ IBARGUREN, Carlos, *La historia que he vivido*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999; pp. 268-269.

¹⁵ Ídem, p. 324.

¹⁶ Ídem, p. 367.

¹⁷ Ídem, pp. 427-428.

¹⁸ Ídem, pp. 445-446.

¹⁹ Ídem, p. 493.

²⁰ IBARGUREN, Carlos, *La inquietud de esta hora*. Buenos Aires, La Facultad, 1934. P. 60.

²¹ Ídem, p. 61.

²² Ídem, p. 117.

²³ Ídem, p. 67.

²⁴ Ídem, pp. 111-112.

²⁵ Ídem, p. 142.

²⁶ HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires, Ariel, 2000. Tomo IV de la Biblioteca del Pensamiento Argentino; pp. 592-593.

²⁷ GÁLVEZ, Manuel, *Este pueblo necesita...* Buenos Aires, García Santos, 1934. P. 44.

²⁸ Ídem, p. 36.

²⁹ Ídem, p. 51.

³⁰ Ídem, p. 119.

³¹ Ídem, p. 103.

³² Ídem, p. 81.

³³ ROCK, David, *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires, Ariel, 1993. P. 156.

³⁴ GÁLVEZ, *Este pueblo necesita...*, p. 102.

³⁵ MEINVIELLE, Julio, *Concepción católica de la economía*. Buenos Aires, Cursos de Cultura Católica, 1936; p. 39. Muchos años después, Julio Meinvielle moderó notablemente su posición con respecto al rol del empresariado, como puede verse en el libro "*Conceptos fundamentales de la economía*", Buenos Aires, EUDEBA, 1973. Agradezco al Dr. Gabriel Zanotti esta valiosa referencia.

³⁶ Ídem, pp. 17-18.

³⁷ Ídem, p. 13.

³⁸ Ídem, pp. 85-86.

³⁹ Ídem, p. 58.

⁴⁰ Ídem, p. 69.

⁴¹ Sobre los Protocolos, ver COHN, Norman, *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid, Alianza.

⁴² MEINVIELLE, Julio, op. cit., p. 73.

⁴³ Ídem, p. 253.

⁴⁴ Marcelo Sánchez Sorondo, uno de los destacados promotores del nacionalismo argentino, reconoció que "Perón nos desplazó como gestores de una política, pero al mismo tiempo recibió en buena parte la herencia del capital ideológico que nosotros habíamos elaborado: fue de hecho el usufructuario del mensaje del nacionalismo". SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo, *Memorias*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001; p. 89. Asimismo, Carlos Ibarguren reconoció ver realizados sus ideales en la constitución de 1949, excepto la implantación del sistema corporativo en reemplazo del gobierno representativo. IBARGUREN, Carlos, *La historia...*, op. cit., p. 496.

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), con sede en Buenos Aires, Argentina, se constituyó como Fundación el 26 de febrero de 2003 con el objetivo de promover el fortalecimiento de la democracia, el estado de derecho y las libertades económicas en los países de la región. Para tal fin, CADAL realiza actividades de análisis, investigación, difusión y capacitación trabajando en las siguientes áreas: Política Latinoamericana, Derechos Humanos, Periodismo y Democracia, Economía y Estado de Derecho, Modernización de los Partidos Políticos, y Desarrollo y Comunicación Institucional. CADAL integra la Red Interamericana para la Democracia, el Network of Democracy Research Institutes y ha recibido dos premios internacionales por su labor: "2005 Templeton Freedom Award Grant for Institute Excellence" y "2005 Francisco De Vitoria Prize for Ethics and Values".

Av. Roque Sáenz Peña 628 piso 2º Of. R
(C1035AAO) Buenos Aires – Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4343-1447
e-mail: centro@cadal.org
website: www.cadal.org